

Imagine el lector a un bisoño estudiante de filosofía que inicia sus cursos doctorales en la Universidad de Estrasburgo, orientándose en el riguroso invierno alsaciano, en una tesis dirigida por el profesor Georges Gusdorf y en el talante de un pueblo descorazonador en primera aproximación. En este trance me encontraba a fines de 1965, cuando mi compañero de estudios aquí, que también lo era en la Universidad del joven Goethe, Oscar Enrique Mas, me presentó a un anciano inolvidable: don Rafael Moragas. Ciego, nostálgico y exiliado de la guerra civil española, el viejo catalán vivía en un enrequecido H.L.M., uno de esos edificios multifamiliares para gente de escasos recursos. Había sido aceptado y esmeradamente atendido por una pareja alsaciana de gran corazón y de maneras un poco rudas, máscara pudorosa de la efectiva preocupación por el prójimo. Todos los estudiantes de habla hispana que visitaban a Moragas de tarde en tarde, le llamaban con gran espontaneidad, "Papá Moragas". Y le llenaba de contento el que alguno le leyera páginas de su viejo e íntimo amigo, don Pío Baroja, porque éste despertaba en él unos recuerdos, ya fijos y recurrentes, de la mejor gente de todas las Españas.

Papá Moragas se consideraba un huésped humilde de amigos geniales, cuando evocaba sus largas estadías en la casa de Baroja, en Vera del Bidasoa, y las noches en

que don Pío, sonámbulo, recorría los pasillos llamando a sus héroes a grandes voces. O recordaba las reuniones madrileñas, donde don Antonio Machado, a quien consideraba un hombre bueno como pocos, llegaba alguna que otra vez. Viajaba en tren de Madrid a Salamanca, en compañía de Ortega y Gasset, para escuchar a don Miguel de Unamuno. Abundaba en anécdotas y recuerdos picarescos, en estampas como la de Rubén Darío, nombrado Embajador de Nicaragua ante la Corte y ya subido en la cureña protocolaria, perseguido por Valle Inclán que le gritaba: "¡Rubén, olvidaste las cartas credenciales!". Recordaba que Federico García Lorca, a punto de embarcar con Margarita Xirau rumbo a Buenos Aires, desapareció y se fue a An-

# Un viejo amigo de Baroja



ROBERTO MURILLO

ducía en pos de sus amores uránicos y de una muerte prevista en el bordón de su guitarra. Papá Moragas era la generación del 98, evanescente y resucitada, quebrantada y verdecida. Y amaba la música, de la que dio testimonio al introducir la de Wagner en Barcelona; por ello, su interlocutora preferida en Estrasburgo era Elizabeth Douvter, aventajada estudiante de filología española y organista de la Catedral.

La última vez que lo visité no se encontraba ni peor ni mejor que de costumbre. No pensaba yo que un par de semanas más tarde, con un tiempo desabrido, lo enterraríamos en las afueras de Estrasburgo, después de oír las palabras de un obrero, español republicano, dignas de la resistencia, numantina. En la

última visita, me pidió que le leyera algo de **Zalacaín el aventurero**: "Una tarde de verano, muchos, muchos años después de la guerra, se vio entrar en el cementerio de Zaro a tres viejecitas vestidas de luto. Una de ellas era Linda; se acercó al sepulcro de Zalacaín y dejó sobre él una rosa negra; la otra era la señorita de Briones, y puso una rosa roja. Catalina, que iba todos los días al cementerio, vio las dos rosas en la lápida de su marido y las respetó, y depositó junto a ellas una rosa blanca". Ninguna mujer amante dejó una rosa en la tumba de Moragas. Pero de él, catalán, como de Martín Zalacaín, vasco, se puede decir con Baroja: "¡Caminaríe de su raza, descúbrefe ante su glorial..."